



EL AUTOR  
▲ **ILUSTRACIONES PARA ABABOL  
DE MARÍA LUISA MARTÍNEZ LEÓN.**

La pintora y escultora murciana María Luisa Martínez León, profesora de Dibujo de la Escuela de Arte y una de las mejores retratistas de la Región de Murcia, ha ilustrado este número especial de 'Ababol' dedicado a Gabriela Mistral. Estos retratos para LA VERDAD se suman a los ya publicados en números anteriores con Javier Marías, Claudio Magris y María Zambrano como protagonistas.

incluso de su persona. Y así, si el objeto literario quedaba de sobra cubierto, Gabriela cumplía también el espíritu fundacional que el propio Alfred Nobel imprimió al certamen, y que incluso expresó en su testamento: al talento creador del candidato había que sumar su legado humanitario.

El hecho es que Gabriela Mistral, además de escritora prolífica, había sido maestra rural en su juventud, en las lejanas montañas de Chile; como también lo fuera Selma Lagerlof, primera mujer que recibió el Nobel de Literatura en 1909 y a la que Mistral admiraba hasta el punto de

haber escrito su semblanza. A juicio de la Academia, Gabriela defendió en su magisterio –al igual que su antecesora– valores tan destacables como «la misericordia, la maternidad y los alimentos primordiales de la vida humana». Desde su labor pedagógica iniciada en los pueblos de

Chile –de donde era oriunda–, convencida hasta la médula de que la educación podía cambiar la vida de las personas, viajó luego a México como asesora, para ayudar al gobierno de la nación en sus planes de reforma educativa; en concreto, en la mejora de la enseñanza rural. Fueron dos años decisivos para la escritora.

Así que México quedó indeleble en su recuerdo, y abrió la espita de un impulso viajero que ya no cesó de por vida, alimentado y sustentado a la vez por una intensa labor diplomática. Tras distintas tareas de representación en Europa, fue Gabriela Mistral la primera mujer cónsul de Chile, y desde esta posición relevante expresó sus inquietudes sociales –a menudo a través de su pluma–, difundiendo su visión en pro de un mundo más justo e igualitario. Entre labores diplomáticos pasó en Europa una década decisiva –Italia, España y Portugal–, hasta que en 1940 la guerra forzó su salida y fue destinada como cónsul de Chile en Brasil. Por tanto, la poeta elegida para el Nobel de Literatura en aquella edición extraordinaria de 1945 no era solo una escritora insigne, sino testigo de primera línea de una etapa crucial de la historia del continente.

Pero volvamos a la poesía, motivo de esta efeméride. Y me viene a la cabeza el ensayo memorable Gabriela y Lucila, de la cubana Dulce María Loynaz, otra grande de las letras. Dulce María y Gabriela vivieron una amistad tardía, pero verdadera; convivieron y se conocieron bien. Sostiene Loynaz en su texto homenaje, a la muerte de la Nobel, que ya era poeta Gabriela cuando tomó la pluma; es decir, su escritura no tuvo ensayos ni balbuceos como es habitual; fue como el árbol que brota del suelo ya con sus ramas y frutos, «y hasta con un nimbo de pájaros que le hacen música propia». Para Loynaz, la joven maestra de las montañas chilenas era ya la escritora consagrada que recibió luego el Nobel ante el júbilo de un continente: «su último libro no es mejor que el primero, ni más profundo ni más puesto en sazón», apuntala.

La Mistral que recogía el Nobel era leyenda, y el escritor Hjalmar Gullberg, en su laudatio, se remontó a los «poemas de amor dedicados a un muerto» que una joven de veinte años, todavía Lucila Godoy –su verdadero nombre–, dedicó a su enamorado suicida. 'Los sonetos de la muerte' –lúgubres, hermosos e intensos– ganaron cinco años después los Juegos Florales de Chile, consagrando a Gabriela Mistral en el entorno poético americano.

A juicio de la Academia, Gabriela defendió en su magisterio valores tan destacables como «la misericordia, la maternidad y los alimentos primordiales de la vida humana»

México quedó indeleble en su recuerdo, y abrió la espita de un impulso viajero que ya no cesó de por vida, alimentado y sustentado a la vez por una intensa labor diplomática

Cuando tres décadas después nuestra escritora recibió el Nobel, tenía 56 años y tres poemarios publicados, todos ellos fuera de Chile: 'Desolación' se editó en Nueva York en 1922, 'Ternura' salió a la luz en Madrid en 1924 y 'Tala' apareció en Buenos Aires en 1938, gracias a la determinación de su también gran amiga escritora, la argentina Victoria Ocampo.

El devenir de su obra poética es irregular en el tiempo; su edición casi accidentada. 'Desolación' fue impreso cuando Mistral cuenta treinta y tres años: son poemas de juventud que aluden a los paisajes áridos del sur de Chile, o que rememoran alguna experiencia difícil de infancia; reflejan ya su innata inquietud por la destrucción de la tierra y un profundo respeto hacia el ser humano. En 'Ternura', Mistral explora la maternidad y su idea del amor grande y primigenio, motor del mundo: amor en esencia hacia el ser humano y hacia la cultura indígena. El libro reúne rondas, juegos y canciones de la tradición chilena, y aunque en una primera edición la autora se lo dedicó a los niños, sostuvo luego que no era un libro infantil. Casi tres lustros pasaron hasta la edición de 'Tala', que es la voz de la madurez, más segura si cabe en la defensa de sus raíces y evocaciones, donde rinde tributo a su madre fallecida –y con ello a la maternidad– y ensalza lo femenino como esencia poética.

**La voz de los poetas de toda una raza**

Debió de ser emotiva aquella edición del Nobel. Mistral acudió de negro, sin más adorno, acen tuando su gran estatura, su porte naturalmente austero. Seria y pausada se la ve en un vídeo breve que recoge el momento, recibiendo el ga-

